

-¡No se escape!
-¡Suéltame!
-No.
-¿Te aconsejo mi mujer hacer esto?
-No.
-¿Sospechó algo? ¿Habló contigo? ¿Está enterada?
Braling se puso a gritar. Una mano le tapó la boca.
-No lo sabrá nunca, ¿me entiende? No lo sabrá nunca.
Braling se debatió.
-Ella tiene que haber sospechado. ¡Tiene que haber influido en ti!
-Voy a encerrarlo en el cajón. Luego perderé la llave y compraré otro billete para Río, para su esposa.
-¡Un momento, un momento! ¡Espera! No te apresures. Hablemos con tranquilidad.
-Adiós, Braling.
Braling se endureció.
-¿Qué quieres decir con «adiós»?
Diez minutos más tarde, la señora Braling abrió los ojos. Se llevó la mano a la mejilla. Alguien la había besado. Se estremeció y alzó la vista.
-Cómo... No lo hacías desde hace años -murmuró.
-Ya arreglaremos eso -dijo alguien.

LA CIUDAD

La ciudad esperaba desde hacía veinte mil años. El planeta se movió en el espacio, y las flores del campo crecieron y cayeron, y la ciudad todavía esperaba. Y los ríos del planeta crecieron y se secaron y se convirtieron en polvo, y la ciudad todavía esperaba. Los vientos, que habían sido impetuosos y jóvenes, se hicieron serenos y viejos, y las nubes del cielo, ayer desgarradas y rotas, flotaron libremente en una perezosa blancura. Y la ciudad todavía esperaba.

La ciudad esperaba con sus vidrios y sus negras paredes de obsidiana, y sus altas torres y sus desnudas torrecillas, con sus calles desiertas y sus limpios pestillos, sin papeles ni huellas digitales. La ciudad esperaba y el planeta daba vueltas en el espacio alrededor de un sol blanco y azul, y las estaciones pasaban del hielo al fuego, y otra vez al hielo, y los campos verdes se convertían en prados amarillos.

Y en la mitad del año veinte mil la ciudad dejó de esperar.

Un cohete apareció en el cielo.

El cohete pasó rugiendo sobre la ciudad, giró, volvió, y fue a posarse entre los guijarros del campo, a treinta metros de las paredes oscuras.

Unas botas aplastaron las hierbas delgadas, y unos hombres hablaron, desde el interior del cohete, con los hombres que estaban afuera.

-¿Listos?

-Muy bien. En marcha hacia la ciudad. Jensen, usted y la patrulla de Hutchinson vayan adelante. Y tengan cuidado.

En las negras paredes se abrieron las narices ocultas, y una tromba de aire, uniformemente aspirada, entró en lo más profundo del cuerpo de la ciudad, por los canales, los filtros y los recolectores de polvo, hasta unas delgadas, sensibles y temblorosas membranas y bobinas, plateadas y brillantes. Una y otra vez se repitieron las inmensas succiones; una y otra vez unos cálidos vientos llevaron los olores del prado a la ciudad.

El olor del fuego, el olor de un meteoro, el olor del metal caliente. Una nave ha llegado de otro mundo. El olor del cobre, el seco olor de la pólvora quemada, y los azufres de la nave.

La información, impresa en unas bandas, pasó por unas ranuras, y unas ruedas amarillas la llevaron a otros aparatos.

Clic-chac-chac-chac.

Una máquina de calcular batió como un metrónomo: cinco, seis, siete, ocho, nueve. ¡Nueve hombres! Una instantánea máquina de escribir imprimió el mensaje en una hoja, que desapareció rápidamente entre dos rodillos.

Clic-clic-chac-chac.

La ciudad esperó las blandas pisadas de las botas de goma.

Las narices de la ciudad volvieron a abrirse.

El olor de la manteca. Sobre la ciudad, desde los hombres acechantes, el aura que flotaba hacia la enorme nariz se descompuso en recuerdos de leche, queso, crema, manteca, efluvios de una economía lechera.

Clic-clic.

-¡Cuidado, hombres!

-Jones, tenga su arma preparada. ¡No sea insensato!

-La ciudad está muerta, ¿para qué preocuparse?

-No se puede saber.

Ahora, ante la charla, las Orejas despertaron. Después de haber escuchado durante siglos unos débiles vientos, después de haber oído cómo brotaban las hojas en los árboles, y cómo crecía suavemente la hierba en el tiempo en que se fundían las nieves, las Orejas se aceitearon a sí mismas y estiraron unos enormes parches de tambor, donde los corazones invasores batirían y golpearían delicadamente como temblorosas alas de murciélago. Las Orejas escucharon y la Nariz aspiró varios metros cúbicos de olores. Los hombres sudaron asustados. Se les mojaron las manos que sostenían las armas, y unas islas de humedad nacieron en las axilas.

La Nariz se movió y estudió el aire, como un catador que probase un viejo vino.

Chic-chic-chac-clic.

La información descendió girando en unas cintas paralelas. Sudor: cloruros, tanto y tanto por ciento; sulfatos, tanto y tanto; ácido úrico, nitratos amoniacales, tanto; creatinina, azúcar, ácido láctico, ¡ya está! Sonaron las campanas. Aparecieron los totales. La Nariz expelió el aire analizado. Las Orejas escucharon de nuevo:

-Creo que deberíamos volver al cohete, capitán.

-Soy yo quien da las órdenes, señor Smith.

-Sí, señor.

-¡Eh! ¡La patrulla! ¿Ven ustedes algo?

-Nada, señor. ¡Parece que estuviese muerta desde hace siglos!

-¿Ha oído, Smith? No hay nada que temer.

-No me gusta. No sé por qué. ¿No tiene la sensación de haber visto ya todo esto? Esta ciudad es demasiado familiar.

-Tonterías. Este sistema planetario está a billones de kilómetros de la Tierra. No hemos estado nunca aquí. Imposible. El único cohete interestelar que existe es el nuestro.

-Yo sin embargo lo siento así, señor. Creo que deberíamos irnos.

El ruido de los pasos cesó de pronto. Sólo se oía la respiración de los intrusos en el aire tranquilo.

La Oreja oyó y funcionó rápidamente. Los rotores giraron, los líquidos corrieron como arroyitos resplandecientes entre destiladores y válvulas. Una fórmula, y luego una mezcla. Momentos después, respondiendo a las solicitudes de la Oreja y la Nariz, unas frescas nubes de vapor salieron por las aberturas de los muros y llegaron hasta los invasores.

-¿Huele eso, Smith? Ah, hierba verde. ¿Conocen algo mejor? Por Dios, me quedaría aquí sólo para respirar ese aroma.

La clorofila invisible voló entre los hombres inmóviles.

-¡Ah!

Los pasos resonaron otra vez.

-No hay nada malo en eso, ¿eh, Smith? ¡Adelante!

La Oreja y la Nariz descansaron aliviadas durante una billonésima fracción de segundo. La contramaniobra había tenido éxito. Los peones de ajedrez continuaron su marcha.

Ahora los nublados Ojos de la ciudad se despojaron de sus nieblas y sus brumas.

-¡Capitán, las ventanas!

-¿Qué?

-Las ventanas de ese edificio. ¡Ese! ¡Se movieron!

-No vi nada.

-Sí. Cambiaron de color. Antes eran oscuras. Son claras ahora.

-A mí me parecen unas ventanas comunes.

Los objetos borrosos adquirieron una forma precisa. En las entrañas mecánicas de la ciudad, unos ejes aceitados se adelantaron como émbolos, unas ruedas volantes se zambulleron en unos pozos de aceite verde. Los marcos de las ventanas se ajustaron. Los vidrios resplandecieron.

Abajo, por la calle, pasaban dos hombres, seguidos a cierta distancia por los otros siete miembros de la patrulla. Los uniformes eran blancos; los rostros, rojos como si alguien los hubiese abofeteado; los ojos, azules. Caminaban tiesamente con sus extremidades posteriores, y esgrimían unas armas metálicas. Calzaban botas. Eran del sexo masculino. Tenían ojos, bocas, narices y orejas.

Las ventanas se estremecieron, se aclararon, se dilataron apenas como los iris de innumerables ojos.

-¡Fíjese, capitán, las ventanas!

-Siga adelante.

-Yo me vuelvo, señor.

-¿Cómo?

-Me vuelvo al cohete.

-¡Smith!

-¡No quiero caer en una trampa!

-¿Tiene miedo de una ciudad desierta?

Los otros se rieron, incómodos.

-Sí, sí ¡ríanse!

La calle estaba empedrada. Las piedras tenían ocho centímetros de ancho por dieciséis centímetros de largo. Con un movimiento imperceptible, la calle cedió. Estaba pesando a los invasores.

En la máquina instalada en un sótano una aguja roja señaló en una escala: 79 kilos... 94, 69, 90, 88... y el registro del peso de los hombres descendió por unos carreteles hasta unas sombras vecinas.

Ahora la ciudad estaba totalmente despierta.

Ahora los ventiladores aspiraban y expiraban el aire, el olor a tabaco de las bocas de los invasores, el perfume jabonoso y verde de las manos. Hasta los globos oculares tenían un leve olor. La ciudad registró esos olores, y los sumó, y obtuvo un total que se unió a los otros totales. Las ventanas brillaron. La Oreja se endureció y estiró más y más su piel de tambor. Todos los sentidos de la ciudad hormigueaban ahora como ante la caída de una nieve invisible; contaban las respiraciones y los sordos latidos de los corazones ocultos, escuchaban, observaban, gustaban.

Pues las calles eran como lenguas, y allí donde pisaron los hombres el gusto de las botas fue absorbido por los poros de las piedras. Y unos papeles de tornasol registraron

ese gusto. Ese total químico, tan sutilmente recogido, se añadió a las sumas que crecían y esperaban el cálculo final entre las ruedas giratorias y los pistones susurrantes.

Pasos. Alguien que corre.

-¡Vuelva acá, Smith!

-¡No, váyanse al diablo!

-Deténganlo!

Pasos que se apresuran.

Un último examen: la ciudad, después de haber escuchado, observado, gustado. sentido, pesado y comparado, tenía que realizar un último examen.

En medio de la calle se abrió una trampa. El capitán, lejos de los otros, que corrían detrás de Smith, desapareció.

Colgado de los pies, el capitán murió en seguida. Una navaja le abrió la garganta, otra el pecho. Le vaciaron con rapidez las entrañas, y las expusieron sobre una mesa, bajo la calle, en un cuarto secreto. Unos grandes microscopios de cristal examinaron atentamente las rojas fibras de los músculos. Unos dedos sin cuerpo tocaron el corazón palpitante. Unas pinzas sujetaron a la mesa los jirones de la piel, mientras unas manos veloces movían las distintas partes del cuerpo como un hábil jugador de ajedrez que desplaza rápidamente sus peones rojos, sus piezas rojas. Allá arriba, en la calle, los hombres corrían. Smith corría, los hombres gritaban. Smith gritaba, y abajo, en este cuarto curioso, la sangre llenaba unas cápsulas, y agitada y batida cubría las delgadas platinas de los microscopios. Se sacaban cuentas, se registraban las temperaturas, se cortaba el corazón en diecisiete secciones, se abrían con presteza los riñones y el hígado. Del cráneo trepanado salía el cerebro; los nervios se estiraban como los alambres de un conmutador; se probaba la elasticidad de los músculos. Y en el subterráneo eléctrico, la Mente, al fin, sacaba el total definitivo, y toda la maquinaria hacía un alto monstruoso y momentáneo.

El total.

Estos son hombres. Estos son hombres de un mundo lejano, de un cierto planeta. Tienen ciertos ojos, ciertas narices, y caminan erguidos de cierto modo, y llevan armas, y piensan, y luchan, y tienen esos corazones y esos órganos que fueron registrados hace ya mucho tiempo.

Arriba, los hombres corrían, alejándose hacia el cohete.

Smith corría.

El total.

Estos son nuestros enemigos. Estos son los que esperamos desde hace tanto tiempo. Estos son los hombres de los que queremos vengarnos. El total es definitivo. Estos son los hombres de un planeta llamado Tierra, que hace veinte mil años declaró la guerra a Taollan, que nos esclavizó y nos arruinó y nos destruyó con una peste mortífera. Luego se fueron a vivir a otra galaxia, escapando a esa muerte que habían diseminado entre nosotros. Olvidaron aquella guerra, aquellos días, Nos olvidaron. Pero nosotros no olvidamos. Estos son nuestros enemigos. Es indudable. Ha terminado nuestra espera.

-¡Smith, vuelve!

Rápido. Sobre la mesa roja, en el cuerpo abierto y vacío del capitán, otras manos empezaron a agitarse. Colocaron en ese húmedo interior unos órganos de cobre, plata, aluminio, goma y seda; unas arañas mecánicas tejieron bajo la piel una tela de oro; se añadió un corazón; en la caja craneana pusieron un cerebro de platino que zumbaba y emitía unas chipas azules; unos finos alambres unieron el cerebro con brazos y piernas. En sólo un instante otras manos cosieron el cuerpo y borraron las incisiones y las cicatrices de la nuca, la garganta y el cráneo. Todo era perfecto, nuevo, reciente.

El capitán se sentó y flexionó los brazos.

-¡No corras, Smith!

El capitán reapareció en la calle, alzó el revólver e hizo fuego.

Smith cayó con una bala en el corazón.

Los otros hombres se dieron vuelta.

El capitán se acercó de prisa.

-¡Ese imbécil! ¡Tener miedo de una ciudad!

Los hombres miraron el cuerpo de Smith tendido a sus pies.

Luego miraron al capitán con unos ojos que se abrían y se cerraban.

-Escúchenme -dijo el capitán-. Tengo que decirles algo muy importante.

Ahora la ciudad, que había pesado y gustado y olido a los hombres, que había utilizado todos sus poderes, menos uno, se preparó para mostrar el último, el poder del lenguaje. No habló con la rabia y el odio de las torres y las paredes macizas, ni con el peso de las calles de piedra y las fortalezas repletas de máquinas. Habló con la voz tranquila de un ser humano.

-Ya no soy vuestro capitán. Ya no soy un hombre.

Los hombres retrocedieron.

-Soy la ciudad -dijo la voz. En el rostro apareció una sonrisa-. He esperado doscientos siglos. He esperado a que los hijos de los hijos de los hijos volvieran aquí.

-¡Capitán, señor!

-Permítanme un momento. ¿Quién me ha creado? La ciudad. Unos hombres que murieron; la vieja raza que una vez vivió aquí. La gente que los terrestres dejaron morir de un mal espantoso, una lepra incurable. Y los seres de esa vieja raza, soñando con la vuelta de los hombres construyeron esta ciudad. El nombre de esta ciudad ha sido y es Venganza, en el planeta de las Sombras, a orillas del mar de los Siglos, al pie de la montaña de la Muerte. Todo muy poético. Esta ciudad iba a ser una balanza, un papel de tornasol, una antena que examinaría a todos los futuros viajeros del espacio. En veinte mil años sólo dos cohetes descendieron aquí. Uno venía de una galaxia remota llamada Ennt. La ciudad pesó y examinó a los ocupantes de aquel cohete y los dejó ir, sin un solo rasguño. Hizo lo mismo con los tripulantes del segundo cohete. ¡Pero hoy! ¡Al fin habéis llegado! La venganza será total. Aquellos hombres murieron hace doscientos siglos, pero dejaron una ciudad para daros la bienvenida.

-Capitán, señor, usted no se siente bien. Será mejor que vuelva al cohete, señor.

La ciudad se estremeció.

Las piedras de la calle se apartaron y los hombres cayeron gritando. Y vieron, mientras caían, unas brillantes navajas que se apresuraban a recibirlos.

Pasaron algunos minutos. Luego el llamado.

-¿Smith?

-¡Presente!

-¿Jensen?

-¡Presente!

-¿Jones, Hutchinson, Springer?

-¡Presente, presente, presente!

-Volvemos a la Tierra en seguida.

-¡Sí, señor!

Las incisiones de los cuellos eran invisibles; lo mismo los ocultos corazones de cobre, los órganos de plata y los alambres de los nervios dorados y finos. Las cabezas emitían un leve zumbido eléctrico.

-¡Rápido!

Nueve hombres introdujeron en el cohete las bombas de gérmenes patógenos.

-Arrojaremos estas bombas sobre la Tierra.

-¡Muy bien, señor!

La portezuela del cohete se cerró de golpe. El cohete saltó hacia el cielo.

El estruendo de las turbinas comenzó a alejarse. La ciudad descansaba rodeada por los prados del estío. Los ojos de vidrio se apagaron. La Oreja se cerró; los grandes

ventiladores de la Nariz dejaron de girar; las balanzas de las calles se detuvieron, y la maquinaria oculta volvió a hundirse en su baño de aceite.

El cohete se perdió en el cielo.

Lentamente, apaciblemente, la ciudad disfrutó del placer de morir.

LA HORA CERO

¡Oh, era maravilloso! ¡Qué juego! Nunca se habían divertido tanto. Los niños salían como disparados por una catapulta a través de los verdes jardines, gritándose unos a otros, tomados de la mano, corriendo en círculos, subiéndose a los árboles, riendo a carcajadas. Sobre ellos volaban los cohetes y los autos-escarabajos susurraban en las calles. Pero los niños seguían jugando. Cuánta diversión, cuánta desbordante alegría, cuántos saltos y chillidos.

Mink entró corriendo en la casa, cubierta de polvo y sudor. Era, para sus siete años, alta, fuerte y decidida. Su madre, la señora Morris, apenas podía seguirla con los ojos mientras la niña abría violentamente los cajones y metía cacerolas y herramientas dentro de un saco.

-Cielos, Mink, ¿qué ocurre?

-¡El juego más maravilloso del mundo! -jadeó Mink, con el rostro enrojecido.

-Para un momento. Te va a hacer daño -le dijo su madre.

-No. Estoy bien -dijo Mink-. ¿Puedo llevarme esas cosas, mamá?

-Pero no las estropees -dijo la señora Morris.

-¡Gracias, gracias! -gritó Mink y ¡pum! ya se había ido, como un cohete.

La señora Morris siguió con los ojos a la niña.

-¿Cómo se llama ese juego?

-¡La invasión! -gritó Mink, y dio un portazo.

Los niños salían de todas las casas con cuchillos y cucharas y atizadores. Aquellos que tenían diez años o más despreciaban el asunto y se paseaban desdeñosamente encaramados en zancos o se divertían con una dignificada versión personal del juego del escondite.

Mientras tanto los padres iban y venían en sus escarabajos de cromo. Los obreros venían a arreglar los tubos neumáticos, a componer los aparatos de televisión de borrosas pantallas, o a martillar sobre las recalcitrantes máquinas de comida. La civilización adulta pasaba y volvía a pasar junto a los ocupados niños, celosa de esa feroz energía infantil, tolerantemente divertida, y deseosa de unirse a ellos.

-Esto y esto y esto -decía Mink, instruyendo a los otros y repartiéndoles tenedores y tenazas-. Hagan esto y traigan aquello. No, tonto, ¡aquí! Eso es. Ahora sepárense.-Mink apoyaba la lengua en los dientes, arrugando pensativamente la cara-. Así. ¿Ven?

-¡Sí! -gritaban los chicos.

Joseph Connors, de doce años, se acercó corriendo.

-Vete -le dijo Mink, mirándolo.

-Quiero jugar -dijo Joseph.

-No puedes -dijo Mink.

-¿Por qué?

-Te ríes de nosotros.

-No. De veras, no me reiré.

-No. Te conocemos. Vete o te echamos de aquí a empujones.

Otro niño de doce años se acercó en sus patines de motor.

-¡Eh, Joe! ¡Vamos! ¡No juegues con las mujeres!